EL CUENTO DE RAMONA, LA LLAVE "MAESTRA"

Erase una vez una llave. Una llave muy molona. Era la llave Ramona.

Ramona, ya desde muy pequeñita, siempre había soñado con entrar en una clase llena de mesas de colores, de diminutas sillitas y con una gran pizarra negra, donde un grupo de simpáticos duendecillos jugasen hora tras hora a dibujar, a cortar, a picar, a modelar…

Ramona, ya desde muy pequeñita, siempre había querido ser una llave, pero no una llave normal, ella quería ser… una llave "maestra".

Un día, de esos en los que no hay cole, pero los papás tienen que ir a trabajar. Un día, de esos en los que la lluvia golpea sobre los cristales y el parque tiene tantos charcos que es imposible jugar. Un día, de esos en los que la tele no funciona y no se puede ver ni a Pocoyo, ni a Clifford, ni a los Lunnis ni a los Algos, Un día como otro cualquiera,… todos los vecinos de Ramona le pidieron el favor de cuidar un ratito de sus hijos, y la casa de Ramona se lleno de pronto de simpáticos pequeñines con ganas de pasárselo bien.

La pobre Ramona pensó que si no hacia algo pronto, saltarían por sus sillones, pintarían en sus paredes, jugarían al fútbol con sus cojines de colores, se esconderían detrás de sus bonitas cortinas, y lo que era peor, lo pondrían todo lleno de dedos de pintura y chocolate. ¡Que horror! Se le tenía que ocurrir algo y pronto.

¡Ya está! pensó. Y reuniéndoles a todos les dijo:

"Vamos a convertir esta casa en un gran laboratorio, donde haremos maravillosos experimentos que os parecerán como de magia".

Todos los chavalines abrieron los ojos como platos. Ellos no sabían lo que era un laboratorio, la palabra experimento les sonaba tan rara que no sabían ni pronunciarla, pero eso de la magia les había sonado muy bien. Ser como Harry Potter… eso si que molaba.

Ramona entonces les llevo al cuarto se baño y cogiendo un poco del aceite que la noche anterior había sobrado de freír las patatas, les enseño a hacer bonitos jabones para quitarse las manchas. Los niños la miraban boquiabiertos y decían… **¡Esta llave si que mola! ¡Como nos mola Ramona!**

Después les llevo a la cocina, y cogiendo un poco de levadura, leche, azúcar y limones, hizo una apetitosa masa que se convirtió en riquísimas magdalenas. Los niños la miraban boquiabiertos y decían… **¡Esta llave si que mola! ¡Como nos mola Ramona!**

Luego, mostrándoles su habitación, cogió unos cuadernos viejos que tenía y, como si se tratase de juegos malabares, empezó a crear pajaritas, barcos, aviones, ranas y muchos más personajes que pronto hicieron las delicias de los más pequeños que la miraban boquiabiertos y decían… **¡Esta llave si que mola! ¡Como nos mola Ramona!**

Y hasta en el salón, el lugar más serio de la casa, pudieron ver asombrados como la luz subía y bajaba, bajaba y subía, con un simple gesto de la llave les hacía. Y los niños la miraban boquiabiertos y decían… **¡Esta llave si que mola! ¡Como nos mola Ramona!**

Para terminar la tarde, en la terraza cubierta, Ramona cogió unos envases vacíos del Actimel del desayuno y, como por arte de magia, les enseñó a hacer juguetones angelitos y muchos otros juguetes que hicieron las delicias de los niños que la miraban boquiabiertos y decían… **¡Esta llave si que mola! ¡Como nos mola Ramona!**

Cuando los padres fueron a recoger a sus hijos, ellos les contaron lo bien que se lo habían pasado y la de cosas que habían aprendido. Y todos: los niños y sus papás, y hasta algún que otro abuelito que también les fue a buscar, la miraron boquiabiertos, y dijeron… **¡Esta llave si que mola! ¡Como nos mola Ramona!**

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.